

El planeta en femenino: contra la ignorancia, la mentira y la desigualdad

Rosa María Calaf

Periodista y corresponsal internacional de Radiotelevisión Española (RTVE)

Nunca pensé cuando empecé en este oficio de informar en el año 1970 que, en pleno siglo XXI, tendríamos que estar defendiendo el periodismo riguroso e independiente ante una insidiosa ofensiva del poder para devaluarlo ni que tendríamos que estar recordando que sin información de calidad no hay democracia y que únicamente una sociedad bien informada será capaz de proteger sus valores y libertades.

Tampoco pensé que la igualdad estaría gravemente amenazada y que habría que seguir luchando por ella. Es más, que estaríamos enfrentándonos a un serio peligro de retroceso en aquellos entornos que mucho han avanzado, pero, todavía son fuertemente androcéntricos y bajo un modelo virulentamente patriarcal.

Miremos el mundo: por dar un dato, en enero del 2022, de los 193 países que integran las Naciones Unidas solo 17 mujeres —de ellas ocho europeas— encabezaban un gobierno y once la jefatura de un Estado. Son hombres el 75 % de los parlamentarios, el 73 % de quienes toman decisiones y el 76 % de quienes controlan los medios de comunicación. Así que, las mujeres ocupan apenas un 25 % del espacio político de decisión pese a ser más de la mitad de la población. Es una realidad que nos obliga a continuar reclamando el derecho a vivir con las mismas libertades que ellos, a disfrutar de las mismas opciones y a recibir la misma valoración por el trabajo realizado.

Cómo citar: Calaf, Rosa María. «El planeta en femenino: contra la ignorancia, la mentira y la desigualdad». En *Periodismo con perspectiva de género: igualdad y valores democráticos*, coordinado por Marta Reig González, 45-57. Madrid: Ediciones Complutense, 2025. <https://dx.doi.org/10.5209/hei.007.02>

Un informe de la Fundéu (1919) mostraba que, en más de la mitad de un millón cuatrocientos mil tweets españoles analizados, la palabra «feminismo» se asociaba a sentimientos negativos. Únicamente el 17 % expresaba percepciones positivas. No creo que este fenómeno se haga solo ni sea barato conseguirlo y los medios de comunicación son cómplices.

Estamos en un marco de noticias que mienten, de silencios que engañan y de ruido mediático que distrae. El periodismo independiente, honesto, plural, inclusivo, riguroso se las ve y se las desea para cumplir su función crítica y de servicio a la sociedad. No es una cuestión de nostalgia sin filtro. Siempre hubo buen y mal periodismo, como siempre hubo voluntad de mantener sometida a la mujer, sin embargo, me parece que hoy se invierte mucho en desinformar y «desfeminizar». Se hace mejor que nunca lo que no se debe hacer.

Los derechos y valores son vapuleados y, por ende, el valor de igualdad, que nos convoca en este Curso de Verano de El Escorial organizado por la Cátedra de Valores Democráticos y Género, que pertenece al Instituto de las Mujeres y a la Universidad Complutense de Madrid. Vemos como aumenta el poder mediático viciado y como se vacía el poder democrático real. De ahí, el subtítulo de este capítulo, que menciona la mentira y la ignorancia: no dejar saber significa voluntad de dominar; y menciona la desigualdad: querer perpetuarla es un abuso de los derechos humanos universales.

No voy a extenderme sobre el análisis de la práctica informativa en general ni en constatar la fragilidad de la mujer en el actual modelo social ni en el papel clave que juegan los medios de comunicación a la hora de proporcionar conocimiento, derribar tópicos y estereotipos como contribución a un cambio justo e imperativo del colectivo social.

El subtítulo menciona asimismo «el planeta en femenino». En base a mis décadas de trabajo en el extranjero, a la oportunidad de haber visitado 183 países, al privilegio de haber compartido tiempo con tantas vidas, con «las otras», y de haber visto las variadas caras de la desigualdad, se me sugirió que hablara sobre la manera en que se informa sobre ellas: las mujeres.

Vamos a hacer ese viaje, si os parece bien, enmarcándolo en unos cuantos datos, estampas, experiencias, reflexiones y desde dos ámbitos: el de las mujeres que informamos y el de las mujeres sobre las que informamos.

1. Estampas y reflexiones sobre la situación de las mujeres

Japón, una democracia que es la tercera economía mundial además de una nación puntera en tecnología, es profundamente machista. A punto estuvo, hace

unos 15 años, de suspender temporalmente la prohibición del concubinato, que existe desde el final de la Segunda Guerra Mundial, con el fin de intentar que el príncipe heredero —hoy ya emperador— pudiera ser padre de un niño con alguna concubina. Ya que la princesa Aiko, su única descendiente, siendo mujer no podrá sentarse en el trono del crisantemo. Nunca se consideró ni se ha considerado cambiar la legislación.

En líneas generales, los medios de gran difusión japoneses —*masu komi*— son ajenos al debate feminista o, a veces, incluso han generado discursos contrarios. Es en las minoritarias publicaciones alternativas —*mini komi*— donde lo podemos encontrar, lógicamente con escasa repercusión. Por otra parte, la discriminación de las mujeres periodistas a la hora de ejercer su profesión es patente.

En la India, integrante de los llamados BRICS o las cinco economías más emergentes, unos dos millones de fetos femeninos, se supone, que son abortados selectivamente todos los años. A pesar de que está prohibido informar del sexo del bebé a los progenitores, muchos médicos lo hacen y practican esos feticidios. Unos con ánimo de lucro, pero otros con la convicción de estar ayudando a las familias: «Invertir en una niña es como regar el jardín del vecino», reza un refrán. Este país, que figura entre las democracias mundiales, es el más peligroso del mundo para nacer mujer por la violencia sexual y la esclavitud laboral estructural imperante, según un estudio publicado, en el 2018, por la Fundación Thompson Reuters. Los medios han tendido a ignorar el discurso feminista y su visibilidad solo ha aumentado lenta y, más bien cosméticamente, desde los años 90. Una excepción a esto fue la salvaje violación en un autobús de una estudiante de 23 años en Nueva Delhi, que falleció después en el hospital. El hecho provocó una ola de protestas y exigencias por todo el país. En cuanto al ejercicio profesional, de acuerdo con el informe llevado a cabo por *Media Rumble* junto con ONU Mujeres en 2019, la brecha entre hombres y mujeres es profunda e innegable.

En Pakistán y Bangladesh son una constante diaria los asesinatos de mujeres a manos de sus familiares, incluso de sus suegras cuando las nueras osan desobedecer el patrón patriarcal. Cada 90 minutos muere una mujer por los llamados delitos de honor, aunque estos asesinatos no tienen que ver con el honor, sino con considerar a las mujeres como una propiedad. Y gozan de casi absoluta impunidad, el 70 % de los autores se libra por un vacío legal o por la falta de voluntad de aplicar la ley. Obviamente, tampoco en estos países la prensa está a la altura exigible a la hora de documentar los asuntos de género

ni las periodistas locales pueden trabajar en las necesarias condiciones de libertad.

Un tercio de la población femenina sufre violencia no solo por las armas o los abusos sexuales. Cien millones de mujeres han desaparecido del mundo, —nos dijo el premio Nobel, Amartya Sen, en un congreso en Bombay—, porque no son tratadas igual ni en nutrición, ni en educación, ni en salud, ni en seguridad, por supuesto. El analfabetismo, la pobreza y la indefensión tienen nombre de mujer.

La responsabilidad mediática es obvia para que el modelo permanezca. Si la actitud discriminatoria, opresora y represora es tan resistente en contextos considerados más o menos democráticos y en tiempos de paz, imaginemos lo que será en estados fallidos o en tiempos de guerra.

En la República Democrática del Congo —que tiene uno de los conflictos más largos y atroces— cada día, de acuerdo con el *American Journal of Public Health*, 40 mujeres son violadas. Y, como nos dijo hace unos años la activista Caddy Adzuba, dar cifras con seguridad es imposible. Ella como periodista ha sufrido atentados y está bajo protección de las Naciones Unidas, para poder trabajar y continuar con la denuncia de la violencia sobre las mujeres y la utilización de niñas y niños como soldados.

Un 17,5 % de las mujeres, incluidas las menores de edad, han sido víctimas de algún tipo de violencia sexual en la democrática Colombia. La abogada Diana Carolina Cano especificó que «las menores de 14 años se convierten en las víctimas favoritas». Óscar Ospina, director del hospital de Popayán, afirmó que entre el 65 % y el 70 % de las mujeres que solicitan un aborto por violación son menores de 15 años. «Es como una epidemia», dijo. Contaba en un foro internacional, Aida Quilcue, indígena nasa, que el 82 % de las mujeres no denuncian las agresiones por temor a sus agresores o desconfianza total en el aparato de justicia. Existen mecanismos de prevención en zonas de alto riesgo, sin embargo, las denuncias no son atendidas. La violación es practicada por soldados, policías, paramilitares y guerrilleros. La violencia sexual, como sabemos, se ha perfeccionado como táctica de guerra. De poco o nada han servido campañas como la colombiana de «Saquen mi cuerpo de la Guerra» o la de Naciones Unidas, «Stop Rape Now» (Detengamos las violaciones ahora), en el 2010, o la firma, en 2014, de más de 100 países para tomar medidas políticas, jurídicas y militares para combatir la violencia sexual. Ban Kee Moon, secretario general de la ONU en aquel entonces, reconoció que la falta de protección de las mujeres era el mayor fracaso de la organización. Violar no se contempló como atenta-

do a los derechos humanos hasta la creación del Tribunal Penal Internacional de la Haya para los Balcanes y para Ruanda en los años 90.

Los conflictos, evidentemente, afectan de forma particular a las mujeres y sus derechos. En América Latina, el activismo en la lucha por la tierra, el medioambiente y los derechos es eminentemente femenino y se paga un precio muy caro: la vida, con frecuencia. Un manto de atropellos cubre a las activistas en México, y Centroamérica, sin importar la causa que enarbolan (ecología, defensa del trabajo, derechos sexuales, el feminicidio). Son amenazadas de muerte, desaparecidas, exiliadas y también asesinadas. El 76 % reconoce agresiones particulares por el hecho de ser mujeres. El peligro es constante y agravado por el clima de impunidad y corrupción que impera con escasísimas excepciones.

En suma, la discriminación, el feminicidio y la violencia contra las mujeres es una constante en la historia de todas las naciones. Naturalmente, con diferencias entre unas y otras. Así como reconocemos las características de la incompleta y sesgada información proporcionada a la población y la arriesgada situación de las informadoras, con su especificidad, no olvidamos resaltar la combatividad y la valentía de tantos medios y periodistas en estas regiones, para cumplir con el oficio de informar.

2. La representación de las mujeres en los medios: agentes esenciales para la paz

He perdido la cuenta de cuántas veces se han asomado a mis ojos lágrimas de dolor y de rabia ante la injusta falta de opciones de las mujeres que me ido encontrando. Es imborrable la carita de perplejidad y el lacerante silencio de una niña en un campo de refugiados afganos a la que un colega le pregunto qué quería ser de mayor, ¡como si ella pudiera elegir!

No obstante, también he perdido la cuenta de cuantas veces he admirado la fuerza y la determinación de innumerables mujeres por no perder el futuro en las más precarias situaciones.

La mujer no solo es víctima, tal como suele ser presentada. Es, asimismo, protagonista: el día a día de la comunidad depende de ellas. No solo las actividades más básicas para la supervivencia son cosa suya, sino que también ocupan el lugar de sus maridos, padres, hermanos —que luchan, emigran o mueren—, en el comercio, en la gestión comunitaria y hasta en la defensa empuñando armas. Es esencial que se cuente.

Después, tras los conflictos o los desastres naturales, contribuyen a la reconstrucción y a la reconciliación, y más lo harían si más les dejaran hacerlo. Su gran aportación es la resistencia contra toda forma de exclusión. Un buen ejemplo fue Ruanda, donde la reconciliación entre las etnias tutsi y hutu pasaba necesariamente por incorporar activamente a las mujeres en las negociaciones, porque los hombres se sentaban a la mesa intentando ganar, imponer su posición al otro —siempre enemigo—. Las mujeres, en cambio, buscaban el compromiso. Es clave la presencia femenina activa como intermediaria de la paz. Género, paz y seguridad deberían ser integradas automáticamente, formar parte ineludiblemente del mismo paquete.

Al iniciarse el siglo XXI, el Consejo de Seguridad de Naciones Unidas, invadido por el optimismo para exportar ideas liberales de progreso humano, desarrollo y democracia, a todo el globo, como respuesta a los conflictos recientes en los Balcanes y Ruanda, promulgó varias resoluciones, como respuesta a la llamada generalizada por una acción internacional. La Resolución 1325, del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas sobre Mujeres, Paz y Seguridad, del año 2000, integraba los derechos de las mujeres como parte de los procesos de paz y requería la inclusión en las conversaciones de mujeres locales y expertas y expertos en género. No obstante, enseguida empezaron a presentarse escollos y, desde el 2016, se ha retrocedido en los ligeros avances obtenidos, de acuerdo a funcionarios de la Unión Europea. En suma, se constata que están aumentando las democracias antidemocráticas.

3. Las acciones positivas y la entrada de las mujeres en la política alrededor del mundo

No quiero dejar de mencionar la política exterior feminista de la Unión Europea. En octubre del 2020, se logró por fin —y no sin dificultades— aprobar que, oficialmente, el 85 % de la asistencia internacional para el desarrollo se tiene que destinar a programas que incluyan la igualdad de género entre los objetivos principales.

Sin embargo, está por ver cómo se podrá implementar, sin resolver previamente las diferencias ante la discriminación y violencia generalizada; la aproximación a la salud reproductiva; las prácticas de mutilación genital femenina; en suma, ante las dificultades que plantean los principios estructurales del patriarcado.

Aquí, una vez más, el papel de los medios de comunicación es crucial a la hora de fomentar valores democráticos y, por ende, una cultura de paz que no se hace sola. Permitidme que pase ahora, un momento, por el polémico asunto de las cuotas. Informes en mano y a tenor de lo que he visto, no creo que se pueda negar que la presión regulatoria funciona. Es importante que se confeccionen listas en las que cada sexo no tenga más del 60 % ni menos del 40 %; que se exija que sea compromiso del partido y no decisión benévola de los líderes; que sea una medida temporal, solo hasta que se convierta en normalidad.

Las cuotas son la vía para que se produzca realmente la entrada de las mujeres en el poder político y económico, es un primer paso necesario, aunque no una solución mágica al androcentrismo. Quince países latinoamericanos tienen legislación sobre cuotas o paridad. Estas leyes y decretos han permitido una mayor presencia de las mujeres en las instituciones políticas, aunque esta disminuye a medida que se trata de cargos locales como alcaldesas o concejales. En 2018, según cifras aportadas por ONGs, casi un 30 % de los escaños de los parlamentos nacionales están ocupados por mujeres, frente al 13,30 % registrado en el 2000. Para este aumento la adecuada actuación de los medios de comunicación fue, lógicamente, de ayuda. A propósito, la cifra supera la participación de las mujeres en los parlamentos en Europa (25,3 %). Y, tampoco olvidemos, el incumplimiento de la cuota de género en sus consejos de administración por una parte de las empresas del IBEX ni que la directiva europea al respecto ha tardado diez años en ser aprobada.

Pero, en Centroamérica, denunciaban: «Cuando las mujeres logramos estar en los cargos de poder, el acoso político limita nuestra participación»; «a las mujeres en cargos de poder nos bloquean nuestras propuestas de manera sistemática, tratan de desacreditarnos y cuestionan nuestras capacidades»; «el machismo histórico lleva a que los espacios donde se deciden los presupuestos y las políticas más importantes son solo para los hombres» (Verónica Gálvez PUNO). En la actualidad, Bolivia es el único país que ha aprobado una ley específica contra la violencia y acoso político hacia las mujeres.

En mayor o menor medida, el trabajo de las mujeres, como su vida, está marcado por el género, por identidades socialmente construidas, por la asignación de roles opresores, hasta en ocasiones por eternas sevicias. De todas maneras, se aprecia cómo las mujeres van logrando, en algunos casos, cambiar la agenda política de los partidos y de los gobiernos en unas ocasiones desde dentro, en otras desde el activismo.

En Ghana, la entonces parlamentaria Hanna S. Tetteh-Kpodar, ahora representante especial del secretario general de Naciones Unidas, aglutinó varias asociaciones de mujeres que obligaron a los partidos políticos a incluirlas en sus programas. Se apoyó en la difusión mediática de sus intenciones y de cómo llevarlas a cabo.

Es fundamental, tanto que haya más mujeres en la política y en los consejos de administración de las empresas (cuando son pocas se tiende a verlas como «mujeres», se invisibiliza su presencia y su valía), como conseguir que los hombres defiendan los intereses y propuestas de las mujeres, que comprendan su rentabilidad para todos.

Me sorprende e inquieta que haya tantos cursos para empoderar a las mujeres y enseñarles a trabajar en ámbitos masculinos y tan pocos para enseñar a los hombres a trabajar con mujeres. En el plano político no es sencillo llegar a ser ni siquiera candidata, porque se choca con barreras culturales (religiosas, patriarcales), barreras estructurales (sistema electoral, organización de los partidos, financiación) y barreras mediáticas (dominio masculino de la jerarquía en los medios de comunicación).

Estuve cenando con Segolène Royal, la primera mujer que logró llegar a la segunda vuelta de la elección presidencial en Francia y que la perdió frente a Nicolas Sarkozy, y me contó el maltrato y ninguneo mediático que sufrió por ser una mujer. Nosotras, como herederas de la Ilustración, queremos pensar que la historia y las libertades ganadas siempre progresan, pero no es así. Estamos viendo cómo democracias consolidadas viven una alarmante regresión y cómo los medios de comunicación no están a la altura.

En Estados Unidos, por ejemplo, la intensidad mediática sexista de la campaña electoral para la vicepresidencia fue muy superior, en el 2004, con la candidata Sarah Palin, que en 1984 con la candidata Geraldine Ferraro (que yo cubrí); y mucho peor todavía fue para Hillary Clinton, en el 2008, en su campaña para la Presidencia. Y, no solo esto, en los medios digitales, la virulencia sexista fue muy superior a la de los medios convencionales.

Hago un inciso para recordar lo que ha estado y está sucediendo con la legislación del aborto y los anticonceptivos también en Estados Unidos. Muestra de lo fácil que es la pérdida de derechos conseguidos y la relevancia de la información independiente para defenderlos. El World Forum for Democracy constató, hace un tiempo, el descenso de Canadá al puesto número 20 en el baremo de la condición femenina. Allí como en EE. UU. y como en otros muchos países, los estudios y actuaciones con visión de género se han recortado e, incluso, suprimido en los últimos años.

4. El lenguaje en los medios de comunicación

Quiero ahora, a modo de pincelada, señalar la importancia del lenguaje utilizado en los medios de comunicación porque las palabras son inocentes, pero, su uso no siempre lo es. Lógicamente, aquí los medios tienen un extraordinario compromiso que cumplir. Un claro ejemplo lo encontramos en los Juegos Olímpicos de Río de Janeiro (2016), donde fue flagrante la valoración sesgada cuando las medallistas eran mujeres. Se vieron titulares como: «La mujer de un jugador de los Bears ha ganado hoy una medalla de bronce», publicado en el *Chicago Tribune*.

Un estudio de la Universidad de Cambridge, tras analizar 160 millones de palabras de diarios, blogs y redes sociales, concluyó que los hombres recibieron tres veces más espacio o tiempo en la información deportiva que las mujeres y, para colmo, las palabras más usadas con referencia a ellas fueron «edad», «embarazada» o «soltera», mientras que «rápido», «fuerte», «fantástico», fueron los adjetivos más empleados cuando se hablaba de ellos. Estas prácticas tan extendidas en todos los segmentos y espacios informativos hacen un flaco favor a los valores democráticos de género.

5. Las periodistas que informamos en el exterior

Cambio de tercio y si hasta ahora me he estado refiriendo a la mujer sobre la que informamos, voy a pasar a ocuparme de las mujeres que informamos en el exterior. Contar el mundo en femenino tiene dificultades y ventajas añadidas. Digamos que conlleva una carga invisible y, a menudo, desmesurada, aunque, en algunos supuestos, representa por el contrario un activo. Naturalmente, dependerá de la calidad democrática del país en el que nos encontremos.

Hay que tener en cuenta, pues, varios factores. En primer lugar, según donde estés trabajando te enfrentarás a unos u a otros desafíos: en fundamentalismos religiosos te prohíben accesos, te niegan entrevistas masculinas, condicionan tu comportamiento, te obligan a determinada vestimenta; en sociedades patriarcales extremas no te consideran interlocutora válida, no te dan citas, no te contestan si preguntas o te acosan. Sin embargo, al ser vista como inferior no se te tiene en cuenta, tus movimientos pasan desapercibidos, aparece el paternalismo, la condescendencia y todo ello puede ser útil, aprovechándolo —eso sí, con sumo cuidado y responsabilidad— en aras de una mejor información.

Por otra parte, como periodista mujer dispones prácticamente siempre de entrada a la esfera de las mujeres, lo que significa que tienes la oportunidad de vivir la cotidianidad, atisbar los recovecos de cultura y tradición, el valor y el empuje femeninos, en resumen, conocer la realidad total de esa sociedad, no solo una parte y no solo la proporcionada por la versión oficial masculina. Asimismo, en situaciones de abuso sexual, de violencia extrema contra las mujeres, a las víctimas les es más sencillo abrirse a otra mujer y a las periodistas comprenderlas. Es decir, se logrará un periodismo inclusivo que muestre el acontecer de la totalidad de la población.

No es aceptable —y hay que luchar contra ello— que los Estados de derecho permitan que los integristas propios o ajenos fragilicen la posición de las mujeres. Ni la de quien es objeto de la información ni la de quien es informadora.

No es aceptable que sustenten su actitud en un cierto tipo de multiculturalismo, de mal entendido respeto por la diversidad o la tradición. Estos supuestos valores no son democráticos y nunca pueden ser pretexto para vulnerar los derechos humanos universales. Me gustaría recordar cómo se hablaba, en publicaciones de los años 80, del «nuevo fenómeno de la creciente presencia femenina». En las redacciones que en el Reino Unido se titulaba así: «Los medios al borde de una revolución de género donde las mujeres fijaran la agenda informativa», refiriéndose a las periodistas bajo etiqueta de «occidentales», obviamente.

Un libro de Marilyn Greenwald, comentado en 1988 en el *Journal of Women, Politics & Policy*, cuyo título es *A Place in the News: From the Women's Pages to the Front Page (Un lugar en las noticias: de las páginas femeninas a la portada)*, decía que las mujeres veían las historias con una perspectiva diferente, elegían temas distintos, los contaban de otra forma y tendían a usar fuentes más independientes.

En *La Presse Affaires* de Canadá, Hugo Fontaine estimaba que, cierta diversidad, constituía una fuerza en el equipo de la publicación, mayor riqueza de puntos de vista, un abanico de ideas y de contactos más vasto. Las mujeres se interesan más, están más orientadas al servicio y son mejores para percibir el efecto que tiene lo que acontece sobre los otros, opinaba que «tienen hecha su instalación eléctrica para la empatía».

El *Reuters Institute* afirma que el hecho de contar con mujeres en puestos destacados de la redacción no significa necesariamente que se obtenga otro tipo de periodismo, pero, sí que estas puedan ser referentes para las jóvenes que empiezan y les proporcionen confianza para aportar nuevas ideas. Por el contrario, a mí me parece que sí que se obtiene una nueva narrativa, enri-

quecida con diferentes perspectivas, iluminada con segmentos habitualmente oscurecidos, ofreciendo de esta manera un panorama más completo al destinatario de la información y, por ende, un mejor conocimiento para formarse opinión y tomar decisiones.

De todas maneras, aunque en la actualidad la presencia femenina en las redacciones de las democracias o en los campos de batalla del mundo sea muy numerosa, sin embargo, esta innegable feminización, sea cual sea el soporte mediático, no es sinónimo en absoluto de paridad. No hay que caer en la trampa de creer que el libre acceso profesional encarna las mismas trabas laborales y personales ni los mismos beneficios para hombres y mujeres.

Los escollos siguen ahí, más sutiles y enmascarados, difíciles de detectar y, más todavía, de suprimir. La tarea periodística de las mujeres, demasiado a menudo, padece un mal intencionado escrutinio y un bien diseñado descrédito. Las características femeninas, normalmente desdeñadas, son valiosas. Es muy útil incorporar mujeres, no pese a sus características, sino precisamente por sus características. No es cuestión de dar relieve sino de dar espacio. La diferencia suma. Es más inteligente que el menosprecio y es base necesaria para valores democráticos de calidad.

Según el libro *Comparing Gender and media Equality across the Globe* de Monika Djerf y Maria Edström, algunos países se desempeñan mejor que otros, pero, aparece un techo: en la mayoría solo un tercio de espacio y voz es atribuido a las mujeres e ir más allá es difícil de conseguir.

6. Medios de comunicación, valores democráticos y género

El Instituto Brookings hace notar que parece haber una correlación entre la fortaleza de una democracia, la igualdad de género y la seguridad. Valores democráticos y género se refuerzan mutuamente, sin embargo, un alto grado de democracia liberal es necesaria, pero no suficiente para un alto grado de igualdad de género. La comunidad internacional debería colaborar con la sociedad civil y el sector privado para priorizar políticas diseñadas para extender la igualdad de género y, es obvia, la esencialidad de los medios de comunicación en esta tarea.

La globalización y los avances tecnológicos imponen cambios a los medios de comunicación, una transformación radical y hasta un replanteamiento de su función. Como escribe Luis Bassets en *El último que apague la luz*, iniciar esta transformación sin tener en cuenta la actual desigualdad de género

sería un despropósito. Haría imposible construir una sociedad saludable y con futuro. Una mayoría abrumadora de hombres en los medios significa ir contra el espíritu democrático.

Mejorar el equilibrio de género, sabemos bien, que es un reto. Los medios son clave para la libertad de expresión y la participación democrática, es evidente que influyen en el debate público y enmarcan los temas políticos. En cambio, pese a su papel crucial en las sociedades contemporáneas, —señala un estudio de la Universidad de Göteborg—, carecemos de un conocimiento sistemático sobre cómo y en qué medida la igualdad de género en los medios está relacionada con el desarrollo social, y hay que subsanar esta carencia. Su análisis confirma lo que ya se sabe: que la desigualdad es la tónica en todos los países, en mayor o menor medida, y que pocas mujeres alcanzan puestos de dirección en la industria. Del mismo modo, establece que las organizaciones mediáticas funcionan mejor con paridad, que el progreso de la mujer en la sociedad está positivamente conectado con la posición de la mujer en los medios y, todavía más, que hay conexiones positivas entre la igualdad en los medios, la libertad, la democracia y la ausencia de corrupción.

Por su parte, la profesora iraní Valentine M. Moghadam, vinculada a la UNESCO, asegura que la mujer necesita democracia para florecer, pero, la democracia necesita a la mujer para ser auténticamente representativa, no lo es si tiene «rostro masculino». Las mujeres han jugado, enfatiza, un importante papel en las transiciones del autoritarismo a la democracia. La experiencia latinoamericana así lo prueba, dice, con los casos de Argentina, Brasil, Chile. También, el movimiento feminista turco debilitó, en sus días iniciales, la mano dura militar con las campañas por los derechos femeninos.

Estos últimos años hemos visto, en el mundo árabe y en Irán, pese a las enormes dificultades y riesgos, cómo las mujeres pelean por su papel de agentes principales de cambio cultural y democratización. El gran peligro para ellas es cuando un partido patriarcal gana una elección con una retórica «democrática» y después las relega, de inmediato, a ciudadanas de segunda categoría. Moghadam pone el ejemplo de Argelia y el Frente Islámico de Salvación (FIS).

Para prevenir una democracia sin demócratas es fundamental garantizar un estamento femenino con derechos y participación pública clara. Intelectuales y activistas por la reforma política deben entender, en todo el mundo, la interconexión entre derechos de la mujer y democracia. Naturalmente, este paradigma únicamente es posible contando con unos medios de comunicación comprometidos e independientes. En la escena mundial presente, la ecuación

«medios de comunicación, valores democráticos y género» no es lo halagüeña que debería ser ni aquí ni fuera —con matices, como estamos viendo—. Es clave constatarlo, pero, sin victimismo ni autocompasión, sino al contrario, con denuncia y acción.

Se luchó mucho por cambiar el futuro y, en estos momentos de transformación incierta y amenazadores retrocesos, se diría que hay que luchar para que el futuro no nos cambie. Es cosa de todas y todos.